

JOSÉ TERUEL / ESTADO DE LA CUESTIÓN SOBRE LOS EPISTOLARIOS EDITADOS DE LA LITERATURA ESPAÑOLA DEL MEDIO SIGLO*

* Este artículo se inscribe en el marco del proyecto I+D del MINECO, *Epistolarios, memorias, diarios y otros géneros autobiográficos de la cultura española del medio siglo* (FFI2013-41203-P).

«Tu carta me ha encantado, pues eso de vivir en una misma ciudad y escribir extensamente para dar explicaciones —en vez de hacerlo de viva voz o por teléfono— es decididamente de otra época», escribía Jaime Gil de Biedma a Esther Tusquets en diciembre de 1964 (2010a: 288). Y ese mismo año, en que la consigna «Veinticinco años de paz» fatigaba los ojos y oídos de los españoles, Carmen Martín Gaité iniciaba su correspondencia con Juan Benet. Ya en la segunda carta, ella alude a lo desacreditado del cartearse en la España del desarrollismo: «No sé por qué usamos tan poco en nuestro tiempo la comunicación epistolar [...] uno de los pocos lujos que en era de tanta prisa nos podemos permitir todavía para tratar de llegar a los demás» (2011: 32). Sin duda, Martín Gaité no se refería a las cartas para dar noticias o recados, sino a las concebidas como examen de conciencia o un diálogo diferido, sobre las que posteriormente reflexionará desde sus «Conversaciones con Gustavo Fabra» (2016: 164).

Pero no es el uso asiduo del teléfono como canal de comunicación la única ni siquiera la principal causa de la escasez de epistolarios publicados entre los escritores de la llamada —para entendernos rápidamente— generación de los 50, aunque el teléfono desde finales de 1960 pudiera hacer sus estragos sobre el trato epistolar. A lo largo de mi investigación en los archivos de esta generación, conozco algún caso de correspondencia destruida por los familiares con la intención de proteger la intimidad del autor desaparecido. Entiendo que este modo de proceder es inaceptable cuando se trata de correspondencias reconocidos literariamente, ya que el derecho a la intimidad también se puede preservar con una protección legal de documentos y, sobre todo, con el blindaje que ejecuta el propio tiempo. Martín Gaité reconoció como lectora que el anuncio de la publicación póstuma de un epistolario íntimo siempre le provocó una particular mezcla entre la atracción y la inconveniencia de lo indiscreto, pero también leemos en *Cuadernos de todo*, mientras preparaba su reseña de la correspondencia de Kafka con Felice Bauer, que perder una carta es una «puñalada a la historia» (425).

Otras causas más comprensibles, y que podrían explicar la carencia de epistolarios editados de los autores del medio siglo, se relacionan con el exceso de celo de sus herederos, que postergan la toma de una decisión, ya en espera de una oferta editorial, ya en busca de un editor garante del reto filológico. Pero entrar en cuestiones sobre la destrucción, el expurgo y la especulación por parte de ciertos legatarios nos llevaría a obviedades o a territorios pantanosos sobre lo que debería ser una política cultural de archivos, que en último extremo nos desviaría del propósito de este artículo y me temo que no conduciría a construcción alguna; aunque sí me gustaría detenerme brevemente en la importancia del editor de una correspondencia. Editar cartas no es solo transcribirlas, requiere codificar la compleja deixis de la identidad, facilitar la cabal recepción por parte del lector actual y entrar en otros archivos en busca del cruce de correspondencia entre remitente y destinatario.

El editor de una correspondencia epistolar como segundo autor

El primer cometido de un editor será saber introducir una correspondencia con destinatarios explícitos en un escenario comunitario y público: trasladarla de la *cultura de la vergüenza* a la *cultura de certamen*, siguiendo el léxico de Juan Benet en sus cartas con Martín Gaité; esto es, de la cultura expresada en la intimidad a la «que asoma a los escaparates de las librerías» (131). Lo advirtió con suma claridad María Vittoria Calvi desde el imprescindible n.º 3 de *Cuadernos AISPF*: «La publicación de un epistolario siempre plantea, además del trabajo filológico, la inserción de un nuevo destinatario, el público, en un circuito comunicativo inicialmente reservado a los correspondientes» (113). El editor debe conseguir la simbiosis de que el epistolario, sin dejar de ser una correspondencia entre destinatarios concretos, en un *aquí* y en un *ahora*, sea además una correspondencia con un lector futuro capaz de recibir estas cartas como producto cultural de una época y de no confundir una opinión temporal y expuesta a la discusión con un axioma tajante. Advertir el peligro que se deriva de identificar un juicio fechado en una carta con una afirmación genérica, válida en cualquier momento o situación, es desde mi punto de vista el *ethos* de la labor del editor, quien ha de determinar las condiciones dentro de las cuales es verdadero algo enunciado por alguien en un momento fechado y para un destinatario concreto. Toda carta tiene unas coordenadas, de orden temporal, espacial, emocional e intelectual que hay que localizar para apreciar su sentido: «es una exteriorización de un estado subjetivo del momento, de un modo de sentir o pensar aislado de los demás, y comunicado a otra persona libremente, tal como se nos ocurre» (Salinas, 2002: 72).

Epistolarios de la generación de los 50

Las dos correspondencias más relevantes hasta ahora editadas de los escritores canónicos de la generación de los 50 son la de Jaime Gil de Biedma, *El argumento de la obra* (2010), y la relación epistolar entre Carmen Martín Gaité y Juan Benet (2011). Ambos epistolarios son paradigmáticos de cómo «cartearse con un deliberado sentido estético» (Jaume, 2010: 10): nunca desaparece la conciencia literaria de la escritura. La diferencia enunciativa entre uno y otro estriba en que en *El argumento de la obra* solo escuchamos la voz de Gil de Biedma, y por ahora únicamente podríamos cruzarla con la de dos de sus destinatarios: Gabriel Ferrater y Joan Ferraté, cuyos títulos *Papers, cartes, paraules* (1986) y *Jaime Gil de Biedma, cartas y artículos* (1994) también constituyen dos registros epistolares significativos en sí mismos y en relación con la labor creativa y crítica del poeta de *Moralidades*.

En cambio, la correspondencia entre Martín Gaité y Benet intenta ser un epistolario cruzado, no siempre conseguido, dadas las cartas perdidas entre los correspondientes y la propia dinámica metaepistolar de la correspondencia en la que se rompe, como regla de juego,

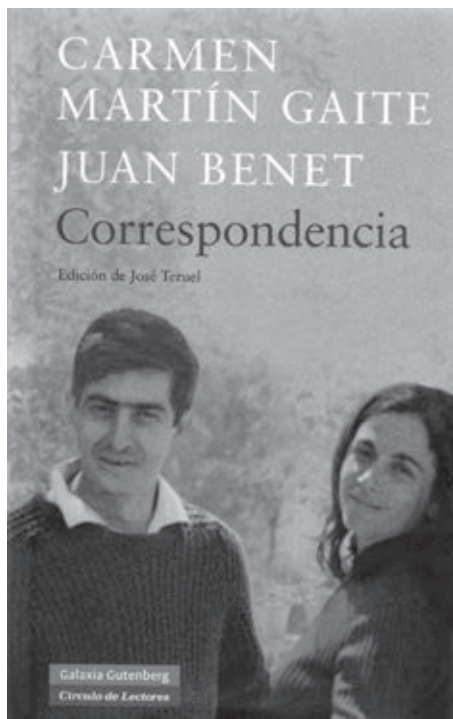
el circuito envió y contestación y el diálogo escrito es interceptado por la conversación oral. Ello le otorga un peculiar ritmo discontinuo, interrumpido y elíptico propio de un relato epistolar, con aire de soliloquio benetiano o de retahíla martíngaitiana, donde en múltiples ocasiones vislumbramos solo en sordina la voz del otro corresponsal: «Un ruego: si me escribes —que ojalá lo hagas— o cuando te vuelva a ver, no contestes a esta carta. Pero háblame por tu cuenta de todo lo que quieras. A ver si alguna vez conseguimos hablar en condiciones. “Desconectando”», le pide Martín Gaité a Benet (39).

El editor en este caso ha tenido que reconstruir, sobreentender o completar los eventuales vacíos dejados por la parte del diálogo que se perdió a través del conocimiento del universo literario y del espacio biográfico de ambos autores. *La búsqueda de interlocutor, Cuadernos de todo, El proceso de Macanaz, El cuento de nunca acabar, Esperando el porvenir*, las conferencias de julio de 1996 dedicadas a Benet —que son en realidad la última representación de la discusión con el amigo desaparecido— y los artículos recogidos póstumamente en *Tirando del hilo* fueron las fuentes primarias para completar la voz de Martín Gaité. *La inspiración y el estilo, Volverás a Región, Puerta de tierra, Sobre la incertidumbre, Otoño en Madrid hacia 1950, La moviola de Eurípides, Cartografía personal, Una biografía literaria, el Teatro completo, Páginas impares* y cuatro artículos («Breve historia de *Volverás a Región*», «Ilusitania», «El corazón socializado», «José Torán») constituyen, por otra parte, algunas de las fuentes de Juan Benet que me sirvieron para reconstruir el contexto socio-discursivo y el entramado intratextual del intercambio de cartas. El hecho de que quien esto escribe sea el editor de esta *Correspondencia* evita cualquier autocita, por ello remito a las páginas que dediqué en la revista *Ínsula* a la presentación de este epistolario (núms. 769-770, 2011) y sobre todo en la Introducción y anotación de su edición (Teruel, 2011: 7-27 y 199-234).

Núcleos de interés de la correspondencia de Gil de Biedma: literatura, política e intimidad

Llama inmediatamente la atención del epistolario publicado de Gil de Biedma la frecuente correspondencia con destinatarios de su grupo catalán (Carlos Barral, Gabriel Ferrater, José Agustín Goytisolo y Joan Ferraté) y de su generación (especialmente significativas son las cartas dirigidas a José Ángel Valente [30 de noviembre de 1959], José Manuel Caballero Bonald [15 de noviembre de 1960] y Ángel González [30 de octubre de 1961]). Ello demuestra su voluntad de situarse en primera línea de la poesía española y confirma su ascendiente e influyente papel aglutinador de la joven poesía. Como ha señalado frecuentemente la crítica y queda esbozado en sus misivas, su participación en la revista universitaria *Laye* (1950-1954) y en tres actos coincidentes en 1959, que han sido muy mitificados en la retrospectiva generacional (el veinte aniversario de la muerte de Anto-

nio Machado en Collioure: 22 de febrero; las conversaciones poéticas de Formentor: 18-25 de mayo; y la lectura en el Ateneo de Madrid junto a Carlos Barral y José Agustín Goytisolo, presentados por Carlos Bousoño: 29 de octubre) culminará en el lanzamiento editorial de *Veinte años de poesía española* (1960), en la colección Colliure (1961-1966) y en la gestación de un proyecto nonato: un libro colectivo de ensayos «que se titularía algo así como UNA GENERACIÓN REALISTA», según escribe Carlos Barral a Caballero Bonald el 19 de octubre de 1959 (Neira, 2014: 227). Jaime Gil precisa en una carta a



Valente del mismo año: «Se trata de hacer algo más documental que doctrinal: nada de teorizar acerca del realismo [...], sino que cada cual hable de la propia actitud realista y del porqué y el cómo ha llegado a ella —así, al menos, conseguiremos que unos cuantos españoles se sienten por fin a intentar un ensayo de autobiografía espiritual, género bien escaso en nuestra literatura» (203). Es evidente que Gil de Biedma acababa de leer «Historial de un libro» de Luis Cernuda en *Papeles de Son Armadans* (núm. XXXV, febrero de 1959), pero como seguidamente veremos la evolución de la sociedad y de la literatura española tras el *new deal* político y económico instaurado en julio de 1959 hizo inviable esta publicación colectiva. Baste citar la respuesta del propio Valente en el artículo publicado en *Ínsula* en mayo de 1961 tras la edición de la antología de Castellet: «Habrà de sopesar en cambio el futuro —y acaso el presente— con mayor realismo.

Sobre todo si es un futuro realista el que predica para nuestras letras. Importa, en breve, no levantar arcos de triunfo colosales para un desfile de balbucientes enanos» (6), al que seguirá «Tendencia y estilo» (*Ínsula*, 180, noviembre de 1961), citado por el mismo Gil de Biedma en su «Carta de España».

Pero más allá de la política literaria y de la esperada información que arroja este epistolario sobre su taller, quiero destacar como núcleo de interés el proceso de desasirse de la tradición moderna o simbolista, que podríamos situar en torno a 1956, cuando acomete su autocrítica de «Las afueras», compone los poemas irónico-morales de la segunda parte de *Compañeros de viaje* («Por vivir aquí») y emprende la redacción de su diario (si la tradición moderna partió de la tajante división entre poesía y literatura, como demuestra la *Antología* de Diego de 1932, Jaime Gil irá en busca de la complementariedad a través de su adiestramiento y brillante incursión en la prosa del diario íntimo). Este proceso le llevará a encaminarse «a la formulación de una particular y concreta experiencia en lo que esta tiene de típico, o de sintomático, de una determinada situación histórica que el autor comparte con otros seres humanos», según leemos en la solapa de la primera edición de *Compañeros de viaje* (Gil de Biedma, 2010b: 1335). En la misma línea, pero con más humor, la citada carta a Ángel González es un documento explícito de este desasimiento de la poesía simbolista, justo cuando Jaime Gil comenta el poema político del poeta ovetense «Perla de las Antillas», que formará parte de *Grado elemental*: «Educados en una poesía que consiste en andarse por las ramas de la propia subjetividad, en la que todos los gatos son metáforas, de modo

J. TERUEL /
ESTADO DE LA
CUESTIÓN
SOBRE LOS
EPISTOLARIOS...



J. TERUEL /
ESTADO DE LA
CUESTIÓN
SOBRE LOS
EPISTOLARIOS...

que el lector necesita toda la ayuda posible por nuestra parte, para no perder el hilo, no siempre se acuerda uno que ahora estamos hablando de cosas públicas, que todo el mundo sabe, y que por lo tanto con media palabra basta para que nos cojan lo que queremos decir [...]. Los detalles pueden encontrarse en la prensa —a veces incluso en la de Franco» (2010a: 228-29).

Si la intención principal de su poesía es trazar una imagen matizada de la vida moral de un hombre, el binomio historia e intimidad se encuentra en su epistolario con otro candente tema generacional: el curso de la reconversión psicológica que generará la expansión económica de 1959. Las cartas de Gil de Biedma son especialmente lúcidas a la hora de analizar los inconvenientes que trajo consigo el crecimiento industrial y económico, cuando no iba acompañado de libertad de expresión o, en términos menos abstractos, cuando el escritor tenía que seguir burlando a la censura (recordemos que la censura denegó la autorización de *Moralidades*, publicado en México, y no permitió que se pusiera a la venta *Colección particular*). La carta a Joan Ferraté de 6 de abril de 1965 es suficientemente explícita de ese clima de irrealidad y también de inhibiciones morales donde el desahogo de los instintos políticos



era solo de carácter privado: «Barcelona y la mayor parte del país están en pleno *boom* eufórico. Se abren bares y restaurantes de más o menos pretensión en barrios antes insospechados por la vida de noche. La gente parece que tiene más dinero y que se divierte más, y a mí me parece que incluso está cambiando la expresión de la gente: aquel rēspice cejjunto, aquella cara de pedrada de español sempiterno empieza poco a poco a suavizarse. Pero en ciertos aspectos, nuestro país, con su falso milagro, su falsa liberación, su falsa satisfacción y su falsa asimilación de los criterios y las costumbres del *free world* está más irritante y deprimente que nunca. O quizá lo que ocurre es que nosotros y nuestros amigos no somos ya lo bastante jóvenes para ser ricos» (291).

Las consecuencias de tales circunstancias sobre el panorama literario español y la previsión de «una intransigente reacción» (Gil de Biedma, 2010b: 691) contra las diversas etiquetas y matices de la llamada literatura social quedarán evaluadas hasta la autocrítica en «Carta de España (o todo era Nochevieja en nuestra literatura al comenzar 1965)», publicada en marzo del mismo año en el semanario neoyorquino *The Nation*: «Para las clases universitarias e intelectuales, la literatura *engagée* ha sido un poco lo que la devoción a este o aquel equipo de fútbol para las masas urbanas: un sucedáneo de la pasión y de la acción política» (2010b: 689). Las actitudes sentimentales, morales e ideológicas de este examen de conciencia coincidirán con otros textos fundamentales de su generación a mediados de la década de 1960: «Literatura y eutanasia» de Juan Goytisolo, «Tiempo de destrucción para la literatura española» de Josep Maria Castellet o los poemas de José Ángel Valente y Ángel González: «Ramblas de julio, 1964» y «Preámbulo a un silencio».

Pero la correspondencia de Gil de Biedma nos permite reconstruir partes del argumento de su vida u obra, no solo por la información que ofrece de su relación vital con textos propios y ajenos, o de sus vínculos con sus contemporáneos, sino también de las relaciones que mantuvo consigo mismo. Sabemos que estas últimas son siempre las más inasibles, pero continuamente están interactuando hasta convertirse en la escena central de *Las personas del verbo*. En tal sentido, es muy relevante la brecha que se observa en su correspondencia a partir de 1969. Después de la primera antología de su obra, *Colección particular*, el epistológrafo Gil de Biedma se muestra más escueto, exhibe una incurable pereza epistolar y confiesa a Joan Ferraté el 16 de abril de 1969: «Es probable, casi seguro, que no vuelva a escribir poesía en cierto tiempo —y es probable, temo, que no vuelva a escribir—; creo pues que *quod decet* es prepararse para la otra vida» (343). Esta brecha se incrementa tras 1982, cuando el poeta ya da por finalizada su obra y equivale al quiebro entre vida y muerte, juventud y vejez, sentido y sinsentido por sobredosis de reconocimiento. Quizá la historia que describa su correspondencia es cómo se convirtió en personaje de sí mismo o un poeta póstumo a partir de la década de 1980. En sus últimas cartas prevalecen los recados, nos queda la imagen de un espectro. Jaime Gil «se encontró de pronto en un escenario vacío con su propio cadáver en brazos», según comenta lucidamente Andreu Jaume (2010: 32), tras la composición de «Después de la muerte de Jaime Gil de Biedma», epitafio anticipado a una parte de su identidad que consistió en ser poeta.

No es discutible que a Jaime Gil en *Las personas del verbo* le interesó la exploración de la tensión de las relaciones amorosas y no el género del ser amado. Tampoco se propuso discernir las diferencias entre identidades homoeróticas o heterosexuales, sino las disyunciones que operaban dentro de su propia identidad. Pero me sigue llamando la atención la precaución social sobre la publicidad de lo privado que Gil de Biedma adoptó hasta en los últimos meses de su vida, cuando ya estaba mortalmente enfermo de sida. Me refiero a la carta que dirige a Dionisio Cañas, el 18 de mayo de 1989, después de que este manifestase su intención de escribir claramente sobre el erotismo en su obra, despejando la elisión del género que deliberadamente el poeta cultivó. El tópico literario de la doble vida, tan recurrente en su poesía desde *Moralidades*, persiste hasta el final de su biografía. La dualidad entre la sociedad literaria —en la que su homosexualidad era «un hecho universalmente conocido y respetado»— y el medio familiar y laboral —«en que vivo y he vivido siempre» y donde todos saben «pero jamás se han dado por enterados» (441) por no existir una mención en letra impresa— nos confirma las rémoras represoras y esquizofrénicas entre vida privada y pública que el franquismo causó a un vástago de la alta burguesía catalana. Igualmente es significativo que la vida literaria, pero no la obra, forme parte del ámbito de la actuación privada.

La vida es «demasiado confusa para explicar por carta» (204), leemos en un verso de *Moralidades* y en la misiva de 10 de julio de 1968 dirigida a Gustavo Durán. La correspondencia que Gil de Biedma mantuvo entre 1966 y 1969 con el compositor y militar republicano quizá sea la que alcance un mayor grado de matización de su intimidad (fueron además años muy críticos en su vida: entre «el último verano de nuestra juventud», de «Después de la muerte de Jaime Gil de Biedma» [2010b: 234], y la trágica muerte de Bel Gil Moreno de Mora). De esa serie de cartas, entresaco esta confesión, donde parece que Edward Hyde se hubiera apoderado del Henry Jekyll: «Hay momentos en que mi sexualidad me inspira verdadero terror, es como si de repente sospechase que estoy poseído por una

fuerza impersonal que no tiene nada que ver conmigo ni con mi vida —Afrodita Despótica, Eros Anarquista, la Subversión de la Carne» (2010a: 314).

Cartas dispersas

El corpus epistolar conocido del grupo de los 50 no se limita a *El argumento de la obra* o la *Correspondencia* entre Martín Gaité y Benet; contamos también con relevantes cartas dispersas de esta generación en las biografías que se han ido publicando en los últimos años. El biógrafo delega su voz en la transcripción de la carta, con frecuencia suprimiendo fragmentos, porque su objetivo último no es la edición de la carta misma, sino su uso como fuente documental y su pertinente inserción en el tratamiento narrativo de la información. Sin pretender ser exhaustivo, cito algunos relevantes ejemplos:

La biografía más generosa en transcripciones de cartas completas, desde el saludo hasta la firma, es *Mientras llega la felicidad*, de Josep María Cuenca. Esta biografía de Juan Marsé utiliza como fuente primaria la interesantísima correspondencia entre la olvidada escritora Paulina Crusat y un modesto aprendiz de joyería, treinta y tres años más joven, que será después el narrador Juan Marsé. No abundan en nuestra cultura piezas epistolares de este calibre entre la escritora madura y el aspirante, y con tan dilatada continuidad desde 1957 a 1964, aunque la correspondencia se prolongó, según Cuenca, hasta la década de 1970. No es exactamente un epistolario cruzado, porque dominan las cartas conservadas de Crusat, pero en las del joven escritor podemos encontrar datos de interés historiográfico, que nos advierten de la pluralidad de grupos en la generación de los 50, de las distintas concepciones y maneras de entender el realismo y de la resonancia de los consejos de la escritura madura en el proyecto narrativo del joven Marsé tras la publicación de *Encerrados con un solo juguete*: «Estoy dejando un poco de lado este objetivismo de la llamada escuela de Madrid [...] al lector no hay que aburrirle por ese afán de trascendencia y de pureza objetiva. Como Vd. me dijo una vez, lo importante es tener algo que decir y decirlo bien», leemos en una carta del 25 de abril de 1961 (Cuenca, 2015: 189). Igualmente destaco en esta biografía la transcripción de cartas dirigidas a Marsé de Lorenzo Gomis, J. M.^a Castellet, Carlos Barral, Jaime Salinas, Gil de Biedma (la del 27 de octubre de 1961 y la postal desde Heraclión de agosto de 1966 no figuran en *El argumento de la obra*), Carlos Robles Piquer, Juan García Hortelano, Pío Cabanillas y las que Marsé dirige a Antonio Navarro, Carlos Barral y Víctor Erice.

Julio Neira en su *Memorial de disidencias* es mucho más cuidadoso con la longitud de las citas epistolares, pero su biografía de José Manuel Caballero Bonald nos ofrece un muestrario muy relevante de la epistolografía central del medio siglo. Destaco las citas de la correspondencia que Caballero Bonald recibe de Fernando Quiñones, Carlos Barral, José Agustín Goytisolo y Gil de Biedma (la carta de noviembre 1956 en la que Gil de Biedma da cuenta de *Anteo* y la posdata de 13 junio de 1961 [Neira: 200 y 297] tampoco figuran en la excelente edición de Andreu Jaume), así como las cartas que el autor de *La novela de la memoria* envía, entre otros, a Max Aub.

Vidas y muertes de Luis Martín-Santos, de José Lázaro (Barcelona, Tusquets, 2009) nos ofrece un repertorio de magníficas cartas. Destaco las de Martín-Santos a Juan Benet (especialmente, la de 9 de abril de 1961, en la que comenta su lectura de los relatos de *Nunca llegarás a nada* y que podríamos confrontar con la de Martín Gaité al mismo

Benet, de 25 de noviembre de 1964), las cartas cruzadas de 1964 entre Carlos Castilla del Pino y Carlos Barral, y las de este último a Martín-Santos, fechadas en mayo y octubre de 1961, después de leer el manuscrito de *Tiempo de silencio*.

Desde luego que merecería la pena editar una compilación con todas estas cartas dispersas y completar los fragmentos, pero una selección de misivas relevantes será siempre un muestrario parcial. Una correspondencia será mejor entendida en la duración vital de una serie completa, en el tiempo del relato que ella marca con sus repeticiones y acontecimientos cotidianos, esto es con sus reconocimientos pero también con sus nimiedades, con sus referencias y su deixis. De cualquier modo una mirada al estado de la cuestión de la epistolografía del medio siglo no avisa de la escasez de correspondencia publicada y de la necesidad de aumentar el conocimiento de ese corpus textual, ya para trazar una historia cultural más completa del franquismo, ya para poner la carta en relación con otros textos del autor.

Es el efecto de palabra viva y presente el que garantiza en última instancia la singularidad de la carta como documento y como texto literario. La carta nos ofrece una perspectiva (en el lugar y con fecha) y no la retrospectiva de la memoria, la visualización del instante en la propia narración, creando la ilusión de que se reaviva el momento. Esta vía de acceso a la expresión inmediata de lo vivido es el artificio de la carta, la retórica *in situ* de lo epistolar; aunque sepamos que desde la producción del autor a la recepción del lector contemporáneo haya un largo trayecto de mediación.

J. T.—UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

Bibliografía citada

- CALVI, M. V. (2014). «La *Correspondencia* entre Carmen Martín Gaité y Juan Benet: Ensayos de un género», *Cuadernos AISPI*, n.º 3, pp. 111-124.
- CUENCA, J. M. (2015). *Mientras llega la felicidad. Una biografía de Juan Marsé*, Barcelona, Anagrama.
- JAUME, A. (2010). «Narciso en Calibán: Jaime Gil de Biedma en sus cartas», en J. Gil de Biedma, *El argumento de la obra. Correspondencia*, Barcelona, Lumen, pp. 9-42.
- GIL DE BIEDMA, J. (2010a). *El argumento de la obra. Correspondencia (1951-1989)*, ed. A. Jaume, Barcelona, Lumen.
- (2010b). *Obras. Poesía y prosa*, ed. Nicanor Vélez, Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores.
- MARTÍN GAITE, C. (2002). *Cuadernos de todo*, ed. M.^a V. Calvi, Barcelona, Debate.
- (2016). *Obras completas V. Ensayos II. Ensayos literarios*, ed. J. Teruel, Barcelona, Espasa / Círculo de Lectores.
- MARTÍN GAITE, C. y BENET, J. (2011). *Correspondencia*, ed. José Teruel, Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores.
- NEIRA, J. (2014). *Memorial de disidencias. Vida y obra de José Manuel Caballero Bonald*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara.
- SALINAS, P. (2002). «Defensa de la carta misiva y de la correspondencia epistolar», *El defensor*, Madrid, Alianza, pp. 19-116.
- TERUEL, J. (2011). «Juan Benet y Carmen Martín Gaité: historia de una correspondencia» y «Notas finales», en C. Martín Gaité y J. Benet, *Correspondencia*, Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, pp. 7-27 y 199-234.
- VALENTE, J. Á. (1961). «Del simbolismo a nuestros días», *Ínsula*, n.º 174, p. 6.

J. TERUEL /
ESTADO DE LA
CUESTIÓN
SOBRE LOS
EPISTOLARIOS...